

FAMILIA
FRAGUA DE ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA

*Colaboración del Equipo de
Formación Pastoral Familiar.*

Como es bien conocido por las familias católicas de nuestra arquidiócesis, cada año celebramos la Jornada de la Familia a todo lo largo y ancho del país. Con el inicio en el segundo domingo de mayo, es decir, el Día de las Madres, y la culminación en el tercer domingo de junio, el Día de los Padres, las familias cubanas se ven involucradas en un grupo de actividades y reflexiones encaminados a mejorar la espiritualidad familiar desde distintos puntos de vista y a profundizar en distintos temas que nos llevan a ser cada día mejores. Teniendo en cuenta la importancia de los temas propuestos para reflexionar este año, ofrecemos una síntesis de cada uno de ellos con el llamado de que usted, miembro de una familia, profundice en ellos y pueda hablar de ellos con otros familiares, amigos y compañeros de trabajo o estudio.

TEMA I:

La espiritualidad cristiana.

Afirmar que el ser humano es un ser espiritual, significa que el hombre y la mujer son algo más, mucho más que su existencia o vida biológica, que en ellos hay una cualidad de vida superior a la de un simple animal o ser material. Ese algo más es lo que designamos como espíritu y espiritualidad.

El espíritu es, pues, la realidad más profunda del ser humano en búsqueda de sentido, sin la cual no podría hablarse de persona humana.

La revelación de Dios en Jesucristo da una nueva luz y una profundidad y sentido insospechados a la espiritualidad humana.

La fe nos descubre un sentido propio y da un significado nuevo a la vida, a la historia y al mundo. Dios no sólo creó al mundo y sólo hizo de él y de la historia el escenario de su revelación y acción salvadora; no sólo creó el ser humano e hizo de él el principal protagonista de la historia, sino que quiso comunicarse al ser humano autodonándose.

Los cristianos creemos que, en Jesús, Dios pronunció su Palabra en carne, en sangre, en historia, en muerte y resurrección. En Jesús de Nazareth, nacido de mujer (Ga 4,4) habita personal e históricamente la plenitud de la divinidad (Col 1, 15-20). En ÉL Dios se reveló como AMOR. En Él nos reveló el sentido y el fin de la existencia, y de la historia, la plena instauración del Reino. En Él la persona encuentra la causa y los motivos para vivir, para convivir y para entregar la propia vida.

A partir de este acontecimiento único e irrepetible, la principal tarea y al mismo tiempo desafío para nosotros los cristianos, consiste en comprender y vivir correctamente nuestra relación con Cristo, de quien recibimos el nombre.

En los Evangelios, el ser cristiano se define por la relación absoluta con la persona de Jesús y a su seguimiento. Por lo mismo, la espiritualidad cristiana es la espiritualidad del “seguimiento de Jesús”. Es espiritualidad porque la persona de Jesús y su seguimiento, su proyecto de salvación, la instauración del Reino de Dios y su justicia en el mundo, son la motivación, el impulso, la causa para la cual el cristiano vive y lucha, es su opción fundamental y el sentido de su vida.

El seguimiento de Jesús se convierte, entonces, en la definición y el compendio de la vida cristiana porque expresa quién es Jesús y la manera de acceder y relacionarse con Él.

Para vivir y alimentar esta espiritualidad que nos impulsa a seguir a Cristo y hacerlo presente en todas las realidades de nuestra vida, se hace necesario participar, al menos dominicalmente, en la Eucaristía, memorial de su entrega, muerte y resurrección, la lectura asidua y la escucha de la Palabra de Dios, palabra viva que nos interpela, orienta y modela la existencia, la oración que expresa la actitud fundamental de la vida, la dimensión profunda de estar mirando al Señor en las decisiones cotidianas, la mirada de fe a los acontecimientos para ver que quiere Dios en el obrar de nosotros y el acudir al sacramento de la Reconciliación, donde además del perdón del Señor, es un momento importante para fortalecer la esperanza, el compromiso y la generosidad.

TEMA II:

Espiritualidad conyugal.

Cuando una pareja celebra su experiencia de amor en la fe de Jesucristo, Dios mismo se compromete con ellos y les presta continuamente ayuda para realizar cada día su proyecto comunitario “imbuidos del espíritu de Cristo”.

La espiritualidad conyugal para los que se casan “en el Señor” radica en realizar su matrimonio conforme a las actitudes fundamentales de Jesús: re-creando su historia en la comunidad familiar y respirando su mismo espíritu. Esta vida según el espíritu de Jesús se traducirá prácticamente: gustar y promover la verdad interior del amor.

Quien ama verdaderamente, sale de sí mismo continuamente, sin retorno. Se dedica al otro prodigándole atenciones y cuidados, el amor fructifica en la comunidad de personas que responde bien a la condición sexuada del ser humano y determina de algún modo las relaciones conyugales; ésta es la verdad interior del amor.

En el matrimonio cristiano los cónyuges, en el seguimiento de Jesucristo, que dejó sentado el código y distintivo para la conducta cristiana: “igual que yo os he amado, también vosotros amaos unos a otros” (Jn 13, 34), deben hacer realidad este amor en sus relaciones.

Esa opción lleva siempre más allá. Como Jesús, los esposos deben estar dispuestos a perder recursos, seguridad y prestigio, incluso dar la vida por el amado. Una respuesta valiente a esa vocación revestirá también muchas veces la forma de cruz, que es el sello de quien sigue a Jesucristo de verdad (Mc8, 34).

También el amor de los cónyuges debe afirmar y promover a la persona del amado, no tanto por lo que este tiene y puede aportar, sino por lo que es, por su condición de imagen e hijo de Dios.

Los cónyuges casados en la fe de Cristo desean formar una comunidad de personas que son hijos de Dios llamados a vivir como hermanos. Esta visión amplía el campo de compromiso y la fecundidad del matrimonio, por ello, la dimensión creativa del amor se fundamenta y profundiza cuando los cónyuges se aceptan no sólo como personas, sino como hijos del mismo Padre, imágenes de Dios que interpela, juzga y salva en el consorte. Si la pareja madura en esta fe, logrará la compenetración.

A la hora de proyectarse mediante la procreación, los esposos creyentes se saben “colaboradores de Dios” en la transmisión de la vida. Guiados por esta espiritualidad no deberán ser ni irresponsables, ni egoístas.

Otra característica de los cónyuges que viven su amor en Cristo es la fidelidad perpetua. El amor bendecido por Dios tiende a la definitividad: en su deseo revela cuál es la voluntad del Creador y la fe cristiana ilumina y hace posible esta verdad del amor fortaleciendo el corazón de los cónyuges con la gracia.

Para alimentar y profundizar toda esta espiritualidad de los casados en el Señor, resulta necesario que los cónyuges creen espacio para la oración en común. La oración es uno de los factores que posibilitan el amor, la entrega total, cualquiera que sean las circunstancias de cada uno.

Un signo de unidad y amor es participar los dos, con los hijos, en la Eucaristía dominical, “fuerte y cumbre de toda la vida cristiana” (*Lumen Gentium*, 11). La Eucaristía es la fuente misma del matrimonio cristiano. Y en este sacrificio de la Nueva y Eterna Alianza los cónyuges cristianos encuentran la raíz de la que brota, que configura interiormente y vivifica desde dentro, su alianza conyugal.

TEMA III:

Espiritualidad familiar.

Con el matrimonio los esposos se unen y viven sus vidas en común: forman una comunidad conyugal. Cuando llegan los hijos la comunidad se amplía y se forma una familia completa.

Para que la familia sea una verdadera comunidad de vida y amor, resulta necesario que ella se respire y viva una profunda espiritualidad cristiana, que es el estilo con que la familia vive su amor a Cristo. Es la vida que se deja guiar por el Espíritu de Jesús a partir de la experiencia de amor y fe de los que la integran.

La espiritualidad es, pues, una forma concreta, movida por el Espíritu de vivir el evangelio en la familia. Esta espiritualidad familiar es vida. O más exactamente, una forma de vivir coherente con el evangelio en toda su realidad. Esto comporta asumir con todas sus consecuencias el proyecto del Reino de Dios como proyecto determinante de la propia vida.

Somos los padres, con nuestro ejemplo y nuestra palabra, los primeros responsables de esta experiencia en el seno de cualquier familia cristiana y para ello contamos con la gracia de Dios,

que en el sacramento del matrimonio nos fue dada, santificando el amor que nos une y que nos llama a hacer de nuestra familia una pequeña iglesia, una iglesia doméstica en la que mediante las prácticas religiosas, dentro y fuera del hogar, fortalecen y desarrollan esta espiritualidad cristiana, **en el seguimiento de Cristo, opción fundamental y el sentido de la vida familiar.**

Entre las distintas prácticas religiosas a desarrollar por la comunidad familiar se encuentran la oración en el hogar, todos juntos, si no puede ser diaria, ya que nuestros hijos estudian o trabajan entre semana fuera de casa, al menos, semanalmente hemos de hacer un momento en que tengamos, como familia , un rato de intimidad con el que tanto nos ama.

La lectura y meditación de la Palabra de Dios. En ella la familia cristiana adquiere claridad y afronta con la Palabra su vida y opciones. Por ella se convierte y reemprende el camino cotidiano. Procuremos en nuestra vida familiar un “momento de la Palabra”, que es factor constructivo en la “pequeña iglesia doméstica”.

Portadores de todos los pecados personales y sociales y de faltas que afectan a la convivencia, saboreamos en el sacramento de la Reconciliación la alegría del perdón y del retorno a la casa del Padre. Convencidos de que las culpas personales se reflejan en la realidad familiar, los miembros de la familia nos pedimos perdón uno al otro, con sencillez, sinceridad y oportunidad.

La participación en la Eucaristía, juntos como familia, es muy importante porque en ella el Señor ilumina a la familia con su Palabra, y sobre todo, la alimenta con su Cuerpo y con su Sangre.

Especial atención pondremos en cultivar y desarrollar la espiritualidad en los niños. Como padres cristianos debemos cuidar, desde los primeros años, la espiritualidad de los hijos. En cuanto sea posible deben participar con sus padres en la Misa dominical. Paulatinamente debemos iniciarlos, impulsarlos y sostenerlos en el camino de la fe, en la formación de sus conciencias y de su libertad, en el temor a Dios y en la solidaridad con sus hermanos, así como en las distintas prácticas de la espiritualidad. Les animaremos a participar con sus ideas y palabras en la oración familiar.

Y, por supuesto, les daremos nuestro respaldo cuando asumen posturas válidas a partir de su fe.